

¿TENDRÁS ENVIDIA PORQUE YO SOY BUENO?

Dice el Señor: “Mis planes no son vuestros planes y mis caminos no son vuestros caminos”. Y añade: “Como el cielo es más alto que la tierra, así mis caminos son más altos que los vuestros y mis planes que vuestros planes”.

Sí, estamos dispuestos a aceptarlo en teoría. Pero cuando la historia nos va situando en circunstancias no deseadas, no acordes con nuestros proyectos personales y conveniencias, enseguida comienzan los lamentos y las protestas. Traer a la realidad la Palabra de Dios, o mejor, anclarse en la realidad y vivirla desde esa Palabra, eso ya no es tan fácil.

La parábola evangélica de los jornaleros enviados a la viña a muy distintas horas, por ser sin duda la más chocante, es también la más reveladora. Reveladora de cómo es Dios y de cómo somos nosotros. De los caminos de Dios y de los caminos de los hombres.

Nuestro sentido de la justicia se revela insuficiente. Dios es justo, porque cumple su contrato. Pero es más que justo. Desmonta sin más la vinculación entre mérito y retribución. Su libertad para dar de lo suyo no puede quedar coartada por sus “obligaciones contractuales”. La gratuidad de Dios, desde la superabundancia de su riqueza, ha de quedar por encima de cualquier justicia.

Y aquí es donde nos duele y hasta nos irrita la parábola. Sobre todo a “los buenos” porque siempre ellos merecerán más que los malos. Pero esta lógica olvida que la auténtica bondad, la de Dios, consiste en la misericordia, es decir, en no dar para que me des, sino en dar porque el otro lo necesita. Que, al fin y al cabo, es lo que hace Dios. Un denario es el salario justo, el necesario para vivir. Dios se lo da a todos, no porque lo hayan ganado sino porque lo necesitan.

¿Y por qué empezar por los últimos? Pues precisamente para que se enteren los primeros. Para que todo el mundo aprenda a ser no envidioso, sino dadivoso. A no ajustarse a los estrechos cauces de la justicia conmutativa –que, por supuesto, hay que cumplir- sino a desbordarlos abundantemente para que todos los campos sean fértiles y ninguna semilla se agoste.

¡Qué difícil para los que andamos en esto del máximo beneficio con el mínimo esfuerzo! Que eso es al final la sociedad capitalista, por más que se llame de mercado libre o de la aldea globalizada. Que en lugar de repartir, como Dios, según las necesidades, reparte sólo por las oportunidades que la vida deparó a algunos. ¿No es precisamente esto la mayor injusticia?

En fin, que los caminos de Dios son distintos y bien haríamos en aprender a transitar por ellos. Que Dios nos lo conceda.

JOSÉ MARÍA YAGÜE